

«Oiréis decir en el mayor estrecho :
Padre, ¿por qué me habeis desamparado,
Sin que yo, que lo soy de amor deshecho,
Oyéndoos decir Padre, quede helado?
¿Miraré alancear aqueste pecho?
¿Veré el de vuestra madre trasgado?
Veré, sin morir yo, morir mi vida,
Y con vos enclavada á mi querida?»

«Podré mirar en tanto desconsuelo
Que á vuestras penas, ansias y gemidos
Parezca que, de piedra vuelto el cielo,
Los ojos cierra y tapa los oídos?
¿Veré que hrama el aire y gime el suelo,
Dando las piedras tristes alaridos,
Sin que yo, á no ser mas que ellas helado,
Mil veces muera, muerto mi adorado?»

«No permitais, oh Hijo y gloria mia,
Que llegue á ver vuestro Josef querido
Sin vida al que lo es del que os envia
Por ver al hombre preso redimido;
El alma helada entre la sangre fria,
De amor llagado y de dolor herido,
Llorando os pido, oh luz que á Dios recrea,
Que antes mi muerte que la vuestra vea.»

«Hijo, por estos piés que indigno beso,
Por estas fuentes tristes que derramo,
Por la fe con que en vos deidad confieso,
Por el amor de padre con que os amo,
Por esa cruz que os tiene de amor preso,
Y es del diluvio triste el verde ramo,
Por la cama, el regalo y la comida,
Que os he ganado á costa de mi vida;

«Os suplico y conjuro humildemente,
Y si os puedo mandar, oh gloria mia,
Os mando como á hijo á mi obediente,
Y á mi esposa santísima Maria,
Que antes que el pecho de dolor reviente,
Antes que llegue tan amargo dia,
El de mi muerte llegue, y que no vea
La que Dios pide y la que Adán desea.»

«Si para dar tormento á un hombre honrado
Hay una ley que rigurosa ordena
Que sea su hijo ante el atormentado,
Porque padezca en él doblada pena;
¿Que sentirá este padre lastimado
Viendo morir por causa y culpa ajena?
Amado Hijo, á vuestros piés asido,
Este favor con lágrimas os pido.»

«Enternecido el Hijo sempiterno,
De la cruz deja los pesados brazos,
Y conmovido del amor paterno,
Da á su Josef ternisimos abrazos;
Levanta al que de amor está tan tierno,
Que vierte el corazon hecho pedazos,
Enjúncale su rostro, y le asegura
La merced que con lágrimas procura.

«Josef besa la mano á su querido,
Cristo besa á Josef la grave mano,
Josef llora de amor enternecido,
Y llora enternecido Dios humano.
La Virgen, que la cena ha prevenido,
Llama al Esposo y Hijo soberano;
Salen disimulando el sentimiento
Por no dar pena á quien les da contento.»

«Esta manera el virginal Esposo
Vivió casi treinta años con su amado,
Gozando de su trato milagroso
Y de su rostro bienaventurado;
Siempre de su regalo cuidadoso,
Siempre de su bondad enamorado,
Siempre amado de Dios, siempre querido,
Siempre el uno del otro al alma asido.»

«Que si Moisés bajó de la alta cumbre
De haber hablado á Dios tan refulgente,
Que hace que el pueblo ingrato se deslumbré
En su rostro cual sol resplandeciente;
El que treinta años vió la hermosa lumbre
Del que es sol de justicia omnipotente,
Teniéndole á su mesa y á su lado,
¿De qué grandezas no estará dotado?»

Si ninguno llegaba al Cristo unguido
Que mil favores del no recibiese,
Pues hasta quien tocó el pobre vestido
Con salud confesamos que volviese;
Al dichoso entre todos escogido
Para que treinta años su ayo fuese,
Sirviéndole y criando como padre,
¿Qué bien y gloria habrá que no le cuadre?»

«El divino Josef se entretenia
Apacentado entre los lirios bellos
De Cristo y su bellísima Maria,
Que no hay mas gloria que gozar de vellos;
Llenos de gloria, llenos de alegría,
En su amado Josef se gozan ellos;
El de los dos absorto se enamora,
Ellos regalan al que los adora.»

«La cárcel y hospital Josef visita;
Al muerto entierra, al pobre favorece;
En el ayuno y oracion imita
Al hombre Dios, que humilde le obedece;
En él la plenitud de gracia habita,
Y tanto en su divino pecho crece,
Que solo lo conoce el solo santo,
No la rudeza deste humilde canto.»

CANTO XXIII.

De la enfermedad y muerte del glorioso san Josef.

«Hablando Esdras con Dios, así decia :
«Señor, de la arboleda que plantastes
Con suma y immortal sabiduria
Sola una viña para vos tomastes;
De las ciudades que da luz el dia
Sola á Sion por vuestra señalastes,
Y de la tierra toda al hombre dada
Escogéis solamente una morada.»

«De los abismos de la mar furiosa
Y su puro cristal resplandeciente,
Con vuestra ciencia todopoderosa
Escogéis para vos sola una fuente;
De las flores que da la tierra hermosa
Cuándo hace el sol que su beldad se aumente,
Dejándola de flores varias llena,
Solamente escogéis una azucena.»

«De las aves que el manso y fresco viento
Sobre sus hombros invisibles toma,
Con soberano y peregrino intento
Escogéis solamente una paloma;
Del simple ganadillo, que contento
Las yerbas paca porque el hombre coma,
Escogéis solamente una cordera
De blanca piel y integridad sincera.»

«¿Quién no sabe que aquesta oveja y viña,
Ciudad, paloma, casa, lirio y fuente
Es la paz dulce de la antigua riña,
En que se hizo hombre el Verbo omnipotente?
Esta el que corazones escudriña
Para si la ha escogido eternamente,
Y para el que, de todos escogido,
Mereció ser su Esposo y su marido.»

«De aquesta viña ¿quién fué el viñadero,
Defendiendo su fruto, cerca y torre,
Sino Josef su Esposo verdadero,
Que la sirve, regala y la socorre?
¿Quién, hecho cera el corazon de acero,
Con la vid verdadera á Egipto corre,
Porque en agraz no la disfrute airado
La fiera singular que la ha buseado?»

«¿Quién es la guarda que en perpetua vela
Esta ciudad de Dios ronda y defiende,
No trabajando en vano quien la vela,
Porque en su guarda el mismo Dios entiende,
Sino Josef, despierta centinela,
Que hachos de amor en su custodia enciende,
Que es su alcaide, cuya alma enamorada
Descansa en la ciudad santificada?»

De aquesta casa, que con gran destreza
Fabricó la immortal sabiduria,
¿Quién mereció ser dueño y ser cabeza
Del Dios humano y virginal Maria?
¿Quién, sino él que asombrando su pureza
Al sol que viste de su luz el dia,
Esta casa de Dios fué dueño y padre,
Tutor de Dios y Esposo de su Madre?»

«Esta fuente sellada de agua pura,
De quien el rio eterno de agua viva
Salió, dejando entera su clausura,
Porque en su brazo su poder estriba,
¿Quién guardó su pureza y hermosura
Para la humilde gente fugitiva
Que de Egipto salió, sino el amado
Que el mar de amor vió en ella represado?»

«¿Quién desta bella cándida azucena,
Que da al cielo aromáticos olores,
Y es de todas las flores la mas buena,
Porque es la flor divina de las flores,
Gozó su alma, de favores llena,
De sus claros hermosos resplandores,
Sino Josef, dichoso jardinero,
Mas que el que disfrutó el jardín primero?»

«Esta hermosa paloma plateada
Que al hombre en el diluvio combatido
Arrojó el ramo de la paz amada,
Donde salió gloriosamente asido,
¿A quién le fué la guarda encomendada,
Haciendo de su pecho amado nido,
Sino al Angel humano y varon justo,
Que fué su guarda, su regalo y gusto?»

«¿Quién fué el pastor que venturoso goza
De tener á su mesa y á su lado,
Apacentando en su dichosa choza
La oveja mansa del vellon dorado?
¿Quién, cual Fénix divino se remoza
Viendo de Dios el recental sagrado,
Sino Josef, que entre sus brazos tiene
Al que á quitar las culpas de Adán viene?»

«¿Qué bienes no gozó el varon dichoso
De tener á su mesa y á su lado,
Qué gustos, qué dulzuras, qué favores,
Siendo treinta años virginal esposo
De la que trujo á Dios preso de amores?
¿Qué no gozó, si deste Dios hermoso
Casi los mismos vió sus resplandores,
Hasta que la fatal soberbia Parca
Cortó el hilo del casto Patriarca?»

«Los torneos de los cielos inmortales,
Que devanan la estambre de las vidas,
Dieron priesa á las ruedas celestiales
Por dividir de Dios las mas queridas;
Sienten las personas virginales
Que están al varon justo siempre ásidias;
Allige el corazon la Virgen bella,
Y el suyo el Hijo que se mira en ella.»

«Setenta veces la amorosa tierra
Brotó de sus entrañas bellas flores,
Y en su seno otras tantas las entierra,
Temiendo del invierno los rigores;
Otras tantas la mies dorada encierra
La multitud de varios labradores,
Otras tantas el sol dió vuelta al cielo
Del carnero de plata al pez de hielo.»

«Cuando á Josef un cáldico accidente
Robó del casto rostro venerable
Los arreboles del nevado Oriente
Y entró la amarillez inevitable;
Un calor lento por las venas siente,
Un dolor riguroso y penetrable;
Sus fuerzas ve que van desfalleciendo,
El gusto y gana de comer perdiendo.»

«¿Jamás habia sabido de experiencia
El castísimo Esposo soberano
Qué era dolor, enfermedad, dolencia,
Que vivió siempre recio, entero y sano,
Y aunque llegó á los años de prudencia,
En que se aventajó al bifronte Jano,
Y vió de nieve su cabeza llena,
No tuvo de vejez dolor ni pena.»

Jamás sus graves ojos se enturbiaron
Ni sus fuerzas jamás desfallecieron,
Sus mejillas jamás se marchitaron
Ni sus dientes jamás se le pudrieron;
Jamás enfermedades le acosaron
Ni dolores jamás se le atrevieron;
Con salud siempre alegre trabajaba,
Y á su Esposa y su Amado sustentaba.

«Disimula Josef el dolor grave,
Por no dar pena á su querida Esposa
Y al Hijo eterno, que conoce y sabe
Cuánto la enfermedad es peligrosa;
Deja la vista de los dos suave,
Y la suya turbada y temerosa
Éntrase al obrador, adonde intenta
Sacudir el dolor que le atormenta.»

«Toma la sierra el virginal anciano,
Y comienza á aserrar un cuarton crudo,
Mas cáesele la sierra de la mano,
Porque moverla del dolor no pudo;
Afligese el enfermo soberano
De verse herido de dolor agudo;
Ve que disimular su mal no puede,
Porque á su esfuerzo su dolor excede.»

«Éntra Jesus, y á su Josef pregunta :
«¿Qué es lo que siente, dulce padre amado?»
Josef, con la color casi difunta,
Vuelve al Hijo que padre le ha llamado;
Sus brazos flacos á los suyos junta,
Laso, descolorido y fatigado :
«¡Ay, Hijo, dice, que de un dolor fiero
Asido al que es mi vida alegre muero!»

«Cógete Dios en los piadosos brazos
Y llévale amoroso hácia la cama,
Josef, haciendo de los suyos lazos,
Del árbol de la vida se hace rama;
La Virgen, hecha de dolor pedazos,
Mirando enfermo al que respeta y ama,
Su pena traga, su dolor se bebe,
Y dice al que mil obras buenas debe :

«¿Qué es esto, dulce Esposo de mi vida?
¿Qué fiero mal vuestra salud aqueja?
Que en solo ver vuestra color perdida,
El alma helada, helado el cuerpo deja?»
Josef, que oye la voz de su querida,
Apretado del mal tierno se queja :
«Un dolor por mis venas se derrama,
Que abrasando me hiela y frio me inflama.»

«No será nada, dulce Esposa mia,
Y si algo fuere, Dios es quien lo ordena;
No estéis triste, santísima Maria,
Si no quereis multiplicar mi pena;
Dios es quien esta enfermedad me envia,
Y de su mano venga en hora buena;
Si della bienes recebido habemos,
¿Estos males por qué no sufriremos?»

«La Virgen, anudada la garganta
Y hechas presas las fuentes de sus ojos,
El corazon entre el dolor quebranta,
Enzarzado entre espinas y entre abrojos,
Va diligente, y con prudencia santa
Vertiendo perlas de sus soles rojos,
Abre y mullé la cama á su doliente,
Cuya dolencia dentro el alma sienta.»

«Entre tanto el divino Dios piadoso
A desnudar á su nutricio ayuda,
Y como su hijo humilde y amoroso
Consuela al Santo mientras le desnuda;
Josef, clavado en su querido hermoso,
Turbios los ojos y la lengua muda,
Sus consuelos esucha, y á él asido
Va al lecho que su Esposa ha prevenido.»

«Los dos le llevan á la pobre cama,
Por la Virgen santísima compuesta;
Cógete en brazos quien le sirve y ama,
Y enternecido con amor le acuesta;
La que bebe el aljofar que derrama,
Ante la cama de rodillas puesta,
Le abriga, le acaricia y le compone,
La almohada mullé y cabezal le pone.»

Cristo, á su cabecera arrodillado,
Le toma el pulso, ¡oh médico divino!
Y sin él ve que está debilitado
Y para la otra vida de camino;
Su corazón la Virgen alterado,
Que en el mal suele ser sabio adivino,
Se turbó viendo al Hijo y Dios que adora
Dar muestras de que ya llegó su hora.

La Virgen bella en tanto desconsuelo,
Como que va á buscar alguna cosa,
Sale á sembrar fuceros por el suelo,
Ahogada de la pena temerosa;
Alza los ojos al piadoso cielo,
Y arrodillada la paloma hermosa,
Pide salud en la fatal dolencia,
O que el cielo en su mal le dé paciencia.

Dios en la cama de Josef sentado,
Como hijo suyo con amor le amara;
Josef, que del dolor se ve apretado,
Al rostro de su Dios el suyo arrima;
Cristo se abraza con su enfermo amado,
Y el corazón en su dolor lastima;
Josef sus manos toma y se las besa;
Cristo las suyas de besar no cesa.

Josef con su querido se regala,
Que es de todas las penas su consuelo;
Cristo, á quien en amarle nadie iguala,
Regala á quien le regaló en el suelo;
La hora postrimera le señala
Que de su vida le concede el cielo;
Josef suplica al que por Dios adora
Que no le deje en tan terrible hora.

La Virgen, que hace oficio de enfermera,
Diligente, aunque el alma enternecida,
Entra, y puesta á su amada cabecera,
Amorosa le ofrece la comida;
El enfermo sufrido bien quisiera
Por hacer gusto al alma de su vida
Comer de la comida regalada
Por las manos santísimas guisada;

Pero no puede, que el dolor tirano
No le deja dar gusto á quien le ruega:
Tómala Cristo en su divina mano,
Y amoroso á la boca se la llega;
Esfuérase el Esposo soberano
Entre el dolor que el corazón navega;
Prueba á tomarla de la mano santa,
Mas no puede pasarla la garganta.

El dolor grave de su Esposa crece,
Viendo mortal la media de su vida;
Cristo el pecho santísimo enternece
Viendo que de su amado se divide;
Josef que está cercana le parece
La muerte que apresura su partida,
Del mal se olvida, y con esfuerzo santo
La cama riega de copioso llanto.

Asese á Dios, y dice: «Ay, Hijo amado!
En el día malo libra á tu nutricio;
Dolores de la muerte me han cercado;
Con tu siervo no entres en juicio;
Seguro vaya á él á ser juzgado
Quien Hijo os llama y hizo de ayo oficio,
Pues seguro á juicio el padre viene
Que al hijo que ama por alcalde tiene.

«No me pesa dejar la cárcel dura,
Adonde el alma está aherrojada y presa,
Ni de salir de la borrasca oscura
Al puerto amado, en quien su furia cesa;
De no poder gozar esa hermosura
Es, Hijo mío, de lo que me pesa,
Y de dejar la amada compañía
De mi Esposa santísima María.

«Esto llevo en el alma atravesado,
No el gusto de la vida transitoria,
Que es vapor de la tierra levantado,
Flor que antes de nacer perdió su gloria,
Humo que sube á ser desbaratado,
Correo que pasa sin dejar memoria,
Nave que corre sin dejarnos huella,
En agua ampolla, y en el aire estrella.

«Dejar vuestra adorada compañía
Y la de mi divina compañera
Es lo que siente y llora el alma mía,
Y antes de morir hace que muera;
Que yo asido á Jesús y á mi María,
Que miro á mi dichosa cabecera,
Ayudándome en este trance fuerte,
Venturosa podré llamar mi muerte.

«Cese, Virgen, el mar de vuestro llanto;
Ved que mi corazón en él se anega,
Ved que el Esposo á quien amais vos tanto
Por su consuelo os lo suplica y ruega;
Aquí os queda este Hijo sacrosanto,
Que el mar furioso de mí mal sosiega;
El mirará por vos, Esposa amada,
Que á él os deja el alma encomendada.

«Y aunque de vos ¡oh mi Criador! entiendo
Que como Dios amais á vuestra Madre,
En esta hora postrera os la encomiendo,
Como su Esposo y como vuestro padre;
Por el dolor que veis que estoy sufriendo,
Y vos me dais, por ver que á mi alma cuadre,
Os suplico miréis por mi adorada,
Que á vos, Señor, os queda encomendada.

«Hijo de Dios, aquí de vos asido,
Hecho un mar de pesar el flaco pecho,
De todos los pecados perdón pido,
Que contra vos, Señor, hubiere hecho;
No despreciéis un pecho arrepentido
Y un corazón en lágrimas deshecho,
El cual llora con trito y humillado,
Que ofendió á quien merece ser amado.

«Por el amor que os trujo desde el cielo
Y el que en mí conceis de vuestro padre,
Por la deidad que del rosado velo
Vistió, quedando virgen, vuestra Madre;
Por la sangre que á voces pide el suelo
Por ver que á su remedio tanto cuadre,
Por las lágrimas tiernas que vertistes
Cuando entre el hielo por mí bien nacistes;

«Por estas manos por mí bien abiertas,
Por los brazos por mí descoyuntados,
Por mas de cinco mil sangrientas puertas
Que os han de hacer mis culpas y pecados;
Por esas luces por mi vida muertas,
Por esos piés por mi salud trasados,
Por las sienes de espaldas trasadas
Y de sangre purísima bañadas;

«Por este pecho que contemplo herido,
Piedra que entrelaza aquesta flaca yerba,
En cuyos agujeros hará el nido
La paloma, que en ella alegre medra;
Por este pecho agora enternecido,
Que será en el sufrir como de piedra,
Y será piedra de una vara herida,
Que dé agua y sangre para dar me vida;

«Por este pecho, que de Dios adoro,
Y beso humilde su cerrada puerta,
Por donde amor derramará el tesoro,
Dejándose la rica bolsa abierta;
Por este pecho que humedece el lloro
Que es bien que arrepentido Josef vierta,
De haberos ofendido perdón pido,
Perdon, mi Dios, perdon, Hijo querido.

«Baje, Señor, á aquel terrestre globo,
Dónde espera gozoso el fiel ganado,
Entre las garras del hambriento lobo
Hasta ver su rescate aprisionado;
Baje allá, y vea del sangriento robo
Al enemigo fiero despojado;
Baje á la cárcel de la gente hidalga,
De la cual, viendo al Rey, dichoso salga.

«Goce después del bien que en vos deseo
Pues solo vos amado, menor mío,
Podréis hartar de mi imboral deseo,
La gran capacidad de su vacío;
Goce de la deidad que oculta veo,
Y padeciendo está al calor y al frío,
Goce de la vision, que en altos modos
Es el bien sumo y es los bienes todos.

«Goce aquella medida sin medida,
Que á aquel que os ama vuestra mano ofrece,
Goce la hermosa juventud florida,
Que siempre moza, nunca se envejece,
Goce, Dios mío, la dichosa vida,
Que el temor de la muerte no padece,
Sin tinieblas la luz, y sin tristeza
El gozo que hace eterno esa belleza.

«Goce del fin sin el que he deseado,
Del abismo de gloria y hermosura
Que está para el que os ama aparejado,
Y es de todos los bienes suave hartura;
Goce el bien de los bienes agregado,
Que derramando gloria eterno dura,
Goce de vuestro rostro inaccesible
Los rayos de su gloria incomprendible.

«Y vos, Virgen, mi Esposa y mi Señora,
Sed con el Hijo Eterno que paristes
Por vuestro amado Esposo intercesora,
Pues sé que en mi favor siempre lo fuistes;
Mostrad en esta postrimera hora
El mucho amor que siempre me tuvistes;
Madre de Dios, dulcísima María,
Sed mi abogada en el airado día.

«Por el paso en que estoy, Virgen, os juro,
Que es del alma y el cuerpo el mas estrecho,
Que aunque miré de vuestro vientre puro
La preñez santa, que me turbó el pecho,
Aunque se levanto el nublado oscuro,
Que vi en turbadas lágrimas deshecho,
Y aunque de varias olas fui acosado,
Jamás juzgué mi puro honor manchado.

«Dejaros quise, porque no sabia
Que hacermé viendo la preñez sagrada;
Vuestra virtud santísima entendía,
Y via tambien que estabades preñada;
Vuestra inocencia el alma defendía,
Mi flaca vista atonita y turbada
Con la preñez lidiaba y la inocencia,
Sin pronunciar contra mí honor sentencia.

«Si os ofendí, perdón humilde pido
Desto, y no haberos, Virgen, regalado
Con el sumo cuidado á vos debido,
Pues tuvistes de mí sumo cuidado;
Pésame, Virgen, que no os he servido,
Ni esa bondad, como era justo, amado;
De todas las ofensas que os he hecho
Perdon os pido en lágrimas deshecho.»

La Virgen soberana enternecida
No sabe qué se diga ó qué se haga;
Queda la voz á la garganta asida,
Bebe su llanto y sus suspiros traga;
Cristo, con pecho y alma agradecida,
Su mucho amor con lágrimas le paga,
Mientras que llega la que le asegura
De ver eternamente su hermosura.

«Crece la enfermedad y el dolor crece;
Cristo á la cabecera le consuela,
La Virgen, que en el alma el mal padece,
De día le sirve, y por la noche vela;
Si levantarse al Santo se le ofrece
Se abraza del él que en querubes vuela;
Levántale amoroso; él fatigado
Se goza en que su Dios le haya abrazado.

La Virgen diligente y cuidadosa
Los colchones le muelle de la cama;
Hácesela la bien nacida Esposa,
Y en ella tiernas lágrimas derrama;
Hecha y compuesta por su mano hermosa
Disimulando el llanto, al Hijo llama,
Que traiga al padre, y tráele el pio Eneas,
Que ha de librarle de las llamas feas.

Lleva Dios hombre á su Josef anciano,
En la cama le asienta, y amoroso
Le pone en las espaldas la una mano,
Dónde estriba el enfermo venturoso;
Josef con gozo y gusto soberano
Coge la otra al Todopoderoso;
Asese á ella y llora enternecido,
Al enfermero Dios agradecido.

«Él le aplica la ropa y la compone,
Regala y sirve al bien nacido Santo;
La Virgen viendo lo que Dios dispone,
Hecha un mar de dolor, hace otro tanto;
Cristo á su cabecera se le pone,
Por él disimulando el grave llanto,
La Virgen á sus piés le está sirviendo,
Regalando al que el pecho le está abriendo.

De beber pide el Santo, y su querida
Un vidrio de agua entre sus manos toma,
Y pídele con gracia nunca oída
Que antes que beba alguna cosa coma;
Josef se esfuerza, y pide la comida;
Tráesela la hermosísima Paloma;
Cristo le sienta y la comida prueba,
Partela y á la boca se la lleva.

Tómalo de la mano delicada,
Y esfuérase el santísimo doliente
Por dar gusto á la Esposa regalada,
Que se lo ruega encarecidamente;
Aunque quiere no puede pasar nada,
Y nueva pena y nuevo dolor siente
Por no poder dar gusto á la que adora,
Que tiene dentro el alma y ve que llora.

La sed al virginal Josef fatiga,
El agua pide á la consorte bella;
Ella con alma triste y vista amiga,
Hecha un mar de pesar, vuelve á traella;
Cristo, á quien de hijo el mucho amor obliga,
La pide á la purísima doncella,
Y así arrimado al que la vida debe
Le da el agua, que alegre Josef bebe.

«Esta suerte Josef vivió algún día
Con paciencia los males padeciendo,
Alegre entre la hermosa compañía
Del hijo y madre, que le están sirviendo;
Cristo le vela, sirvele María,
El uno y otro su dolor sintiendo,
El uno y otro en lágrimas bañado
De ver morir á su Josef amado.

Josef, que ya su muerte ha conocido,
Con nuevo esfuerzo y ánimo se abraza
Al Hijo eterno, y dice: «Ay, mi querido,
Ya su segur la inerte desembraza;
Esperando la he estado apercebido,
Siempre mi oído oyendo su amenaza;
Cada día, Hijo, así me apercebía,
Cual si hubiera de ser el postrer día.

«Y así, Dios mío, consolado muero,
Pues dejo testamento en que declaro
Que sois de Dios el hijo verdadero,
Que venistes al mundo á ser su amparo;
Déjoo por mi legítimo heredero,
Pues sois, aunque adoptivo, mi hijo caro,
Y porque mi Santísima María
Os dio su sangre, que era sangre mía.

«En él os bago, Hijo, mi albacea,
Que sé que cumpliréis como hijo amado
Lo que mi alma y corazón desea
Y en él, como sabeis, dejo mandado;
Hijo de Dios, la muerte horrible y fea
A mi garganta el fuerte lazo ha echado;
Dadme la bendición, hijo querido;
Amoroso Jesús, perdon os pido.

«Adios, Esposa bienaventurada,
Que con vos queda, si de vos me alejo:
Dentro del alma os llevo atravesada,
Viendo en el mar de lágrimas que os dejo;
A Dios quedais, Señora, encomendada,
Y pues que sois de Dios la luz y espejo,
Acordaos deste siervo y deste Esposo,
Que os llama en este paso temeroso.»

«Perdió la habla Josef, que un parasismo
Le anudó fuertemente la garganta;
La Virgen, de dolor hecha un abismo,
El alma vierte por su vista santa;
Cristo le abraza, uniéndole á sí mismo,
Y le da voces entre pena tanta;
A las voces Josef turbado vuelve,
Y el corazón en lágrimas resuelve.

Con la muerte forceja agonizando,
Que está desanudando el lazo estrecho;
El cuerpo virginal se va igualando
Del temor natural un mármol hecho;
Vanse los firmes dientes traspillando,
Enronqueciendo el levantado pecho;
Los ojos se le quiebran, teme el alma,
Y entre las penas y dolores calma.

Los ojos en aquellos soberanos,
Que tiene siempre Dios sobre los justos,
Clava Josef, y velos tan humanos,
Que le serenán los mortales sustos;
Asese ansioso á las divinas manos
Que están vertiendo soberanos gustos,
Y entre las suyas flacas apretadas
Las deja de sus lágrimas bañadas.

De los ángeles puros inmortales
Que cercan de Josef la humilde cama,
Cuál enjuga los granos orientales,
Que su Reina santísima derrama,
Cuál la dice consuelos celestiales
Porque sabe lo mucho que le ama,
Que Josef es, después de Dios, su vida,
Y después del la cosa mas querida.

Cuál de rosas, jazmines y azucenas
Las guirnaldas previene para el alma,
Cuál con las hojas de frescura llenas
Al Santo trae la victoriosa palma;
Cuál al salir al puerto de las penas
Del mar del mundo y su confusa calma,
Con los brazos abiertos le convida,
Su mucha pena en gozo convertida.

Cuál le sirve á la pobre cabecera,
El grave rostro con amor limpiando,
Cuál por su bella Esposa verdadera
Puesto á los pies se los está abrigando;
Cuál amoroso al alma hermosa espera
Deje la cárcel donde está penando
Para llevarla entre los brazos de oro
Del Limbo santo al venturoso coro.

Cristo, esforzando á su Josef querido,
En el temor del postrimero paso,
El pecho grave mira enronquecido,
Y llora triste el lastimoso caso;
Josef con nueva fuerza en el sentido
Mira al sol, que en sus ojos hace ocaso,
Abrazase con él, llora y suspira,
Y háblale con los ojos que le mira.

Ayúdale á morir el Dios piadoso,
Y con sus voces de consuelo llenas,
El paso de su muerte hace precioso,
Gozo sus ansias y quietud sus penas;
Josef con tal favor mas animoso
Se pone entre sus manos de azucenas,
Y así, viendo al que es suyo y de Dios hijo,
Estas palabras últimas le dijo:

« En tí esperé, no sea confundido;
Señor, en tu justicia me defiende;
La oreja inclina á un pecho arrepentido,
Date prisa en mi ayuda, el brazo extiende;
Sacárame del lazo, que escondido
Para cazarme mi enemigo tiende,
En tus manos, que vida están vertiendo,
Hijo de Dios, mi espíritu encomiendo.»

Estas palabras últimas le dijo,
Y al arrancarse el alma enamorada,
Se abraza con el vivo Crucifijo,
Su boca en el lugar de la lanzada;
Abre los brazos el dos veces hijo,
Donde dió la postrera boqueada;
Sale del cepo humano el alma hermosa
Al lauro eterno y palma victoriosa.

Apenas el glorioso alado coro
Vió en las manos de Dios el alma santa,
Cuando en consuelo convertido el lloro
Himnos alegres y canciones canta;
Vistele un alba de diamantes y oro,
Y una palma en su diestra sacrosanta,
Coronándole de varias bellas flores,
Volviéndole á decir tiernos amores.

Puesta en sus hombros llévánla gozosos
Del Abraham piadoso al santo seno,
Donde el coro de padres venturosos
Le está esperando de contento lleno;
Van alegres los ángeles hermosos
Llevando el alma del varón mas bueno
Que vió su tiempo, de Dios hijo Padre,
Y digno Esposo de su digna Madre.

Con el virginal cuerpo está ajustado
El hombre Dios santísimo Eliseo,
Y pudiera su aliento deficado
A la muerte quitarle su trofeo;
Pero no quiere que su Padre amado
Vuelva del puerto hermoso al golfo feo,
De la paz dulce á la sangrienta guerra,
Del Limbo santo á la perdida tierra.

Infundir pudo en el quebrado barro
Otra vez nuevo espíritu de vida
Y volver á formarle mas bizarro,
A la muerte dejando destruida;
Mas quiere que le huelle el mortal carro,
Que está á su muerte su ganancia asida,
Que es preciosa la muerte de los justos
Y puerta alegre de divinos gustos.

« Ciérrale Dios los ya difuntos ojos
Adonde se miró, y enternecido
Distila de los suyos á manojos
Balsamo, con que el cuerpo deja unguido;
Compone los santísimos despojos,
Cierra la boca, que de amor fue nido;
Cruza llorando los helados brazos
Que gozaron de Dios dulces abrazos,

Y dice en tierna voz llorosa y triste:
« ¿Cómo ¡oh mi Padre! me desamparaste?
Sediento estuve, y de beber me diste,
Hambre pasé, y tú me alimentaste;
Desnudo y pobre estuve, y me vestiste,
Visteme peregrino, y me hospedaste,
Hallé en tí Padre, compañero, amigo,
Ayo, tutor, consuelo, gusto, abrigo.

« Siá un jarro de agua fría por mi dado
Le ha de de corresponder eterna paga,
¿Qué paga habrá para el que me ha criado
Que á lo que yo le debo satisfaga?
Si al que hospeda al profeta y justo amado,
Como á justo y profeta Dios le paga,
Al que á Dios hospedó en su casa y pecho
¿Con qué podrá dejarle satisfecho?

« Alma dichosa, espera confiada
La justa paga á tu bondad debida;
A mi lado has de verte coronada
En el reino comprado con mi vida;
Y tú, casa del alma, fría y helada,
Al alma hermosa le verás reunida
En mi santa Ascension, donde triunfando
Subas al premio que te está esperando. »

La pena grave, el grave desconsuelo
Que padeció la Virgen en su ausencia,
Digala el cielo, pues la sabe el cielo,
Que en tan fiero dolor la dió paciencia;
Que yo, como Timantes, pondré el velo
En pintura que atrás dejó mi ciencia;
Encubriré su rostro sacrosanto,
Y juzgue cada cual su justo llanto.

Cual tórtola amorosa, que afligida
Gime en el nido de su amor desierto,
Llora la Virgen á su media vida,
Que es una viuda honrada, medio muerto;
Que si la esposa á su consorte unida,
Por la virtud del conyugal concierdo,
Viene á ser uno con el que ama y quiere,
Muerto su esposo, su mitad se muere.

Y por esto, cualquiera viuda honrada
De una medio mortaja anda vestida,
Y entre las tocas vive amortajada
Porque murió la media de su vida;
Si esto ha de hacer cualquiera bien casada;
Si esto ha de hacer cualquiera bien querida,
¿Qué hará la que perdió al mejor marido
De todos, mas amado y mas querido?

La Virgen viuda viste jerga baja,
Llorando á su consorte amargamente,
Que aunque á su pena su prudencia ataja,
Su viudez llora, y á su esposo siente;
Cristo el cuerpo santísimo amortaja,
Ungiéndole con mirra del Oriente,
Y el licor puro de sus graves ojos
Pudiera unguir los cándidos despojos.

Los ángeles gloriosos le componen,
Y ayudando á su Dios, le ungen y visten;
En el negro ataúd el cuerpo ponen,
Y con su Dios á lo que manda asisten;
Los deudos al entierro se disponen,
Y en vano el llanto y el dolor resisten;
Los hombros ponen á la dulce carga,
Ricos despojos de la muerte amarga.

« Sale Cristo arrastrando negro luto,
Del deudo y del amigo acompañado,
Y con el rostro grave nunca enjuto,
El cuerpo sigue de su justo amado;
La cueva espera el sazonado fruto
Por la Parca soberbia derribado,
Cántanle las exequias funerales,
Y aluluyan los coros celestiales.

Ponen á un lado de la cueva oscura
Junto á Josef, su padre, el cuerpo santo,
Que guardo siempre su entereza pura
Causando al cielo admiración y espanto;
Vierte Dios en la noble sepultura
Copiosas fuentes de amoroso llanto,
Y vuelve triste á la pequeña casa
Donde un mar de dolor su Madre pasa.

Despidese la noble, honrada gente,
Y sátele al encuentro desalada,
Llorando su viudez amargamente
La viuda Virgen bienaventurada;
Abrazase á su Hijo omnipotente,
Y entre sus brazos queda consolada,
Que solo Dios pudiera ser consuelo
En el dolor con que la prueba el cielo.

Cristo sirve á la viuda soberana,
Y ella le sirve con amor crecido;
El trabajando la comida gana,
Y ella le hace oración por su querido;
Él sale á hacer la redención humana,
Que el tiempo que le espera es ya cumplido,
Y ella absorta en su Esposo sacrosanto,
Pasa su vida, y yo al postrero canto.

CANTO XXIV.

De la descension del alma del glorioso san Josef al Limbo,
y de su subida en cuerpo y alma á los cielos.

Llegó á la puerta de la cárcel dura
El alma ilustre del varón dichoso,
Y el carcelero, viendo su hermosura,
Quedó pasmado en su mirar gracioso;
Postróse á la santísima criatura,
Y adora el rostro señorial y hermoso,
Y quitando el cerrojo de diamante,
Reverencia del alma el real semblante.

Abrió la cárcel, que es cárcel de corte,
Donde los hijos delgo detenidos
Piden al cielo su prision acorte
En gloria convirtiendo sus gemidos;
Piden que sus cadenas fuertes corte,
Cristo en la cruz, sus brazos extendidos,
Y que baje á acabar el aventura,
Cuya victoria el cielo le asegura.

Así como las almas venturosas
Que la pena del daño están sintiendo,
Vieron la que ha de hacerlas mas dichosas
Las nuevas ciertas de su bien oyendo,
Alegres, placenteras y gozosas,
Una ordenada procesion haciendo,
Salen á recibir al alma santa
Del nieto que su ilustre honor levanta.

Llegó del viejo Adán el alma grave,
La de su esposa mal aconsejada,
La del que el cielo eternamente alaba
Del Cain ingrato con furor sacada;
La del que al Arca vió volver el ave,
La del que contra el hijo alzó la espada,
La del que ciego á su Jacob bendijo,
Quitando el mayorazgo al primer hijo;

La del que vió á su noble cabecera
Doce cabezas de sus tribus doce,
Y vió bajar del cielo la escalera,
En cuya altura á su Criador conoce;
La del que la cruel envidia fiera
Hizo á Ruben que con piedad empoce,
La del que hecho por Dios un dios humano,
Asoló al fiero contumaz gitano;

La del huésped que ampara enternecido
Los ángeles del pueblo afeminado,
La del pastor del suegro perseguido,
Al trono real y cetro levantado;
La del que al sol el cielo tuvo asido,
Obedeciendo Dios á su mandado,
La del que vió el vellón mojado y seco,
Pidiendo al cielo el admirable truco;

La del que del panal dulce y sabroso
Y del muerto leon hizo la enima,
La del paciente que sufrió leproso,
La que mas que la lepra le lastima;
La del que sobre el muerto venturoso
Igualmente tendido el cuerpo anima,
La de los dos Tobias, hijo y padre,
La de Melquisedec, sin padre y madre;

La del que fué por Manasé aserrado
Porque dijo que á Dios glorioso vido,
La del que con un dardo atravesado
En sangre su cabello vió teñido;
La del que por las penas arrastrado
Dejó su cuerpo en partes dividido,
La del santo empozado Jeremias,
La del apedreado Zacarias;

La de Jacob, su venerable padre,
La del noble Joaquín ilustre suegra,
La de su noble bien nacida madre,
Que tiernamente en su Josef se alegra,
Salen por ver que con su deuda cuadre,
Y todos cuantos en la prision negra
Esperan ver al bello sol de Oriente,
A recibir su noble descendiente.

Tendió los brazos por el aire vano
Para abrazar al virginal Esposo,
Regocijado en él su padre anciano
Por tal hijo mil veces venturoso,
Josef, siendo la paterna mano,
Humilde le respeta y amoroso;
Su madre dulcemente en él se enlaza,
Y él humildemente con los dos se abraza.

El viejo Adán, temblándole los brazos,
Al cuello ilustre con amor los echa,
Y haciendo dellos amorosos lazos,
De la ocasion alegre se aprovecha.
Eva le da ternísimos abrazos,
Dellos haciendo una lazada estrecha;
Ana se abraza con su digno yerno,
Joaquín está de gozo y amor tierno.

Abel, por virgen, al que lo es se llega,
Por justo el gran Noé se llega al justo,
Abraham por su fe en Josef se entrega,
Isaac por obediente halla en él gusto,
Con su peregrinar Jacob allega,
Y abrazar á Josef dice que es justo;
Josef, por casto y guardador del trigo,
Del que es deudo se ofrece por amigo.

Llega el que vió la zarza entre la lumbre,
Por manso, afable, humilde y amoroso,
Al que retrato fué de mansedumbre
Y vió en la virgen zarza el fuego hermoso;
Loth, que entre la nefanda mansedumbre
Del peregrino fué huésped piadoso,
Llega al huésped de Cristo peregrino,
Que peregrino y pobre al mundo vino.

Al paciente Josef va el Job paciente;
Sansón al fuerte en el trabajo y pena;
Por sabio llega el Daniel prudente,
Y por pastor Amós llegar ordena;
Por piadoso David, manso y clemente,
Al alma abraza de clemencia llena;
Por su limosna llega el gran Tobias,
Por su oración el que heredó sus días.

Llegó el ilustre y santo Macabeo
Con el bando de mártires amado
A Josef, que fué mártir de deseo,
Y su vida un martirio prolongado;
Llegó de su virtud á hacer empleo
El Judas, ilustrísimo soldado,
En el Josef valiente no vencido,
De penas y trabajos combatido.

En fin, nadie quedó que no llegase
Al que sus esperanzas les mejora,
Y que lleno de gozo no abrazase
Al alma santa que los enamora.
Josef, alegre entre sus padres vasé,
Y aunque con gusto de gozarlos llora,
Siente la ausencia de su Dios ausente,
Y la de su querida Esposa siente.

Al músico David, al real profeta,
Dulce cisne cantor, divino Orfeo,
De las obras de Dios sabio poeta,
De su gloria y bondad Apolo hebreo,
El alma de su nieto le inquieta,
Y arrebatado de tan buen deseo,
Toma el plectro divino y amoroso,
Al virgen padre canta y casto Esposo.

El río Leteo, absorto y olvidado,
Suspender quiso la corriente oscura,
Y á la voz grave con razon parado,
Se alaba, aunque parece que murmura;
En su arenosa orilla recostado,
El bando que á Dios hombre ver procura,
Honrando alegres al recién venido,
Atentos á David dan el oído.

«Dichoso tú, divino descendiente,
Precursor, dice, de la cierta nueva,
Consuelo amado de la presa gente,
Que su dulce esperanza en tí renueva;
Espejo en cuya luz resplandeciente
Se vió del nuevo Adán la virgen Eva;
Del Espíritu Santo digno templo,
Del cielo asombro, y de la tierra ejemplo!»

«Gloria y honor de tu linaje claro,
De nuestro bien finísima columna,
Del amparo del hombre cierto amparo,
Del sol eterno luz, sol de su luna;
Divino monstro en tus virtudes raro,
Único fénix de la Fénix una,
Milagro de la tierra, en quien se eleva
El que en su carro de oro la luz lleva!»

«Dichoso tú, entre todos escogido,
Con bellas flores y paloma bella,
Por casto Esposo y virginal marido
De la que, siendo madre, fué doncella;
Dichoso tú, que solo has merecido,
Siendo su dueño, cohabitar con ella,
Sirviendo de amor rico y gracia lleno
A la mejor de todas el mas bueno.»

«Dichoso tú, que en la borrasca ciega,
Cuando dejar quisiste á tu adorada,
Con ella por un ángel Dios te ruega,
Siendo de Dios la cosa mas amada;
Dichoso tú, pues el amor te entrega
Por Esposa la suya regalada,
Dándote la querida Esposa suya
Por compañera y digna Esposa tuya.»

«Dichoso tú, que en tus floridos días
Cuando el juvenil brio está en su esfera,
Habitaste, como cantó Isaias,
Con la Virgen, que siempre lo fué entera;
Dichoso tú, que, tus pasiones frías,
Tuviste por Esposa verdadera
En tu casa, á tu mesa y á tu lado,
La digna Emperatriz del coro alado.»

«Dichoso tú, que su hermosura viste
Y de su luz purísima gozaste,
Testigo fiel de su pureza fuiste,
Luz, que haciéndola sombra, te asombraste;
Dichoso tú, que humilde la serviste,
Y en Dios, después de Dios, siempre la amaste,
Haciendo el casto amor de los dos uno,
Favor, Josef, que no alcanzó ninguno.»

«Destos dos que son uno eres el medio;
El medio eres, Josef, de tu Maria,
Eres el medio de la que fué el medio
Del remedio que al suelo el cielo envia;
Dichoso tú, que fuiste su remedio,
Que su remedio fué tu compañía,
Pues que por tu virtud tu Esposa amada
No murió infamemente apedreada.»

«Dichoso tú, que entre las pajas viste
Escondido el santísimo tesoro,
Y su dichoso tesorero fuiste
Y el alegría de su tierno florero;
Dichoso tú, que solo mereciste
Ver el primero de sus luces de oro
Ríos salir de derretida plata,
Con que Dios nos redime y nos rescata.»

«Dichoso tú, que abrigo de Dios hecho,
Contra el rigor del tiempo le abrigaste,
Pues hecho horno de amor tu noble pecho,
Al Niño helado humilde calentaste;
Dichoso tú, que en lágrimas deshecho,
En las que el sol llovía te bañaste,
Bautizado en las lágrimas preciosas,
Verdadas por jazmines y por rosas.»

«Dichoso tú, aunque el pecho traspasado,
Viendo en el niño Dios la fierá llaga,
Pues, aunque le lloraste desangrado,
Viste la sangre con que al cielo paga;
Dichoso por padrino señalado
Para poner el nombre al que es mi paga;
De Redentor el nombre le pusiste,
Y al Dios que nos redime redimiste.»

«Dichoso tú, que en el portal grosero
Viste arrastrar brocados, oro y grana
A los que trujo el candido lucero,
De donde nace alegre la mañana;
Dichoso tú, que apostol verdadero,
Con tu divina ciencia soberana
Fuiste á los Magos nobles enseñando
Que era Dios fuerte aquel que vian temblando.»

«Dichoso tú, que al templo le llevaste,
Donde, hecho ofrenda para mi consuelo,
Al enojado Dios desenojaste
Y enterreciste con su luz el cielo;
Dichoso tú, aunque triste sollozaste,
Tu noble corazón hecho de hielo,
Oyendo al justo viejo que predijo
Tu pena, su pasión, mi regocijo.»

«Dichoso tú en la súbita partida,
Pues, aunque huyendo del tirano fiero,
La vida fuiste del que te dió vida
Y perderá la suya en un madero;
Dichoso tú, que el alma enterrecida
Sustentaste al pan vivo verdadero,
Haciendo el plato al Hijo omnipotente
Y al alba Madre del que es sol de Oriente.»

«Dichoso tú, pues por tu amor profundo
A tan divina dignidad subiste,
Que habiendo de tener padre en el mundo,
Padre de Dios ser solo mereciste;
Dichoso tú, y el uno sin segundo,
Que si padre has de ser, de Dios lo fuiste,
Mereciendo tu amor piadoso y tierno
Ser padre del que es padre el Padre eterno.»

«Dichoso tú, que fuiste su privanza,
Su tutor, ayo, amigo y compañero,
De su hermosura viva semejanza,
De su rostro retrato verdadero;
Dichoso tú, que, cierta tu esperanza,
Veniste á ser honrado prisionero
A la prision que goza tu hermosura,
Mejorando en tu vista su ventura.»

«Dichoso tú, pues en la hora postrera
Cuando el aliento de la vida calma,
Tuviste á la dichosa cabecera
Al Hijo á quien gozoso diste el alma;
Dichoso tú, que de la guerra fierá
Mereciste la siempre verde palma,
Viniedo á aquestos tristes calabozos
A hacer sus penas soberanos gozos.»

«Dichoso tú, cuando otra vez unida
El alma santa al cuerpo inmaculado,
Subas al reino de la eterna vida,
Del Hijo eterno al venturoso lado;
Dichoso tú, cuando tu Hijo presida
Y tú á su diestra goces asentado
De la infinita luz de su luz pura,
Que llenará los cielos de hermosura.»

«Si mandé á Salomon, mi hijo querido,
Que como padre y como rey honrase
A los que habian mis males conocido,
Y que á su mesa real los asentase,
¿Qué premio te tendrá Dios prevenido
Que á lo que pudo imaginar no pase,
Pues ni el ojo lo vió ni oyó la oreja,
Y atrás el corazón humano deja?»

«En el trono de estrellas asentado
Repartirás de gozo ricos dones,
Al devoto en tu nombre enamorado
Concediendo sus justas peticiones;
Allí al Hijo de Dios siempre engendrado,
Presentarás las vivas oraciones,
Que si las ve en tu mano venturosa
No les sabrá negar ninguna cosa.»

«Dende allí harás favor á tu devoto
En su tristeza siéndole alegría,
En la tormenta fierá fiel piloto
Y en ásperas montañas cierta guía;
Respetarás la temida Cloto,
Y á su pesar dilatará su día;
La enfermedad huirá del nombre tuyo,
Y entrará la salud al lugar tuyo.»

«Serás, virgen Josef, patron glorioso
De la devota religion descalza
Que fundó aquel profeta prodigioso
Que el carro ardiendo por los aires alza;
Serás caudillo, ¡oh virginal Esposo!
Del casto coro que tu nombre ensalta,
Gozando entre los hierros de sus redes
Sus vírgenes sagradas tus mercedes.»

«Verás en nombre tuyo levantados
Altars santos, aras consagradas,
Templos á tu pureza dedicados,
Ricas capillas en tu honor labradas;
Verás nobles conventos fabricados,
Iglesias santas por tu amor fundadas,
Hermandades, cabildos, religiones
De castas almas y de pios varones.»

«De los montes de Armenia, donde el arca
Del gran Noé su firme asiento toma,
Hasta do reina el imperial monarca,
Que padre de la patria llama Roma;
De donde de cristal deja la barca
Cuando por el Oriente el sol se asoma,
Hasta do va dejando el mundo helado,
Será tu nombre ilustre celebrado.»

Aquí templó de nuevo el instrumento
El que con la dulzura de su canto
Suspender pudo el infernal tormento
Mejor que el que á Euridice quiso tanto;
Templo y pide á los cielos nuevo aliento
Para profetizar al varon santo
La honra soberana que le espera
Del claro Guadalupe en la ribera.

Y entre tanto, cual suele el agua pura,
Cuando con las guijuelas retozando,
Y haciéndolas cosquillas su dulzura,
Hacer querian con susurro blando;
La gente encarcelada, que segura
Esta de Dios la vista deseando,
Con un blando rumor grave celebra
Al que así rompe el aire y la voz quiebra:

PE-II.

«Verás, Josef, del claro Guadalupe,
Aunque pequeño, grande por su fama,
Que por su boca aljofares escupe
Entre el cristal y plata que derrama,
Que aunque alegre en servir siempre se ocupa
El santuario de la que te ama,
Levantar otro tiempo la cabeza
Y celebrar tu virginal pureza.»

«Verás en esta octava maravilla
Que gloriosa á los cielos se levanta
Y que á las siete con razon humilla,
Que el mundo fanfarrón celebra y canta;
Que la paloma cándida y sencilla,
Después de Dios la mas hermosa y santa,
Te labrará en su alcázar sumptuoso
Un cuarto digno de su digno Esposo.»

«Pondráte casa tu imperial Esposa,
Donde como mereces seas servido,
Honrándose y llamándose dichosa
En amar y tener tan buen marido;
Labrarás una fábrica gloriosa
Que la de Efeso ilustre dé al olvido,
Cuyo adorno y valor, traza y riqueza
Digan de tu querida la grandeza.»

«Será el ministro, á quien dará el cuidado
Desta machina insigne, un siervo suyo,
Nuevo Gabriel que, della enamorado,
Será perpetuo aficionado tuyo;
De cuyo nombre en él bien empleado,
Su diligencia en tu servicio arguyo,
Pues imitando al que á tu Esposo vino,
Será un ángel humano, hombre divino.»

«El padre fray Gabriel de Talavera,
Que prelado dignísimo contemplo
De aquella casa, de tu Esposa esfera,
En todo el orbe sola y sin ejemplo,
Será una luz que asida á la primera
En ella la virtud ponga su templo,
Siendo sal de la tierra, luz del mundo,
De estirpe clara y de saber profundo.»

«A este ilustre varon, santo y prudente,
Por tu Esposa santísima escogido,
Que escribirá elegante y dulcemente
Del tesoro en la sierra parecido,
Como á siervo fiel y diligente
Le será por tu amada cometido
El cuidado de hacer la obra dichosa
Tanto cuanto magnífica famosa.»

«Hará juntar para la heroica hazaña
Artífices de ingenios soberanos,
Que serán honra de su madre España
Y asombro de los griegos y romanos;
Vendrá á ser tal su diligencia extraña,
Que saldrá en breve de las diestras manos
La machina que admire las estrellas,
Digna de verse coronada dellas.»

«Será acabado el edificio extraño
Que el cielo justo á tu virtud promete,
Del hombre Dios el venturoso año
Mil y quinientos y noventa y siete;
Gobernando de Cristo el fiel rebaño
Clemente Octavo, cifra de los siete,
Siendo de España rey y el Nuevo Mundo
El segundo Filipo sin segundo.»

«Celebrarán los venturosos días
Con procesiones, ruegos y plegarias,
Con toros, regocijos y alegrías,
Danzas diversas y canciones varias,
Con músicas, con cantos y poesías,
Con bailes, fiestas, fuegos, luminarias,
Dedicando del templo la grandeza
A tu divina virginal pureza.»

«Verás tu efigie en alto levantada,
A la de Cristo de la mano asida,
De riquezas sin número adornada
Y de joyas sin precio enriquecida;
En medio de la fábrica sagrada
Verás que, generalmente servida,
Será de propias y de extrañas gentes
De pueblos y naciones diferentes.»

10

«Serás, Josef, del rico santuario,
Que excederá de Midas la riqueza,
De Creso y César el copioso erario,
Guarda-joyas mayor de su grandeza;
Tesorero serás deste sagrario,
Castellano de aquesta fortaleza,
Argos del bien de que te doy aviso
Y querubin del nuevo paraíso.

«Serás de aquesta sala presidente,
Rico pastor del celestial ganado,
Sol, cuya luz repartas igualmente
En medio puesto de tu cielo amado;
Capitan de un ejército valiente,
Piloto diestro y bien afortunado
De la nave á tu cargo encomendada,
De tesoros riquísimos cargada.

«Verás santas reliquias y despojos
De los santos que, roto el mortal velo,
Viendo sus almas de su Dios los ojos,
Harán sus cuerpos tu capilla cielo;
Allí gozando de tus rayos rojos,
En la tierra tendrán gozo y consuelo,
Adornando sus huesos y cenizas
La casa ilustre en que los eternizas.

«Verás de plata y oro variados,
De aljófar fino y piedras de colores,
Cofres divinos, vasos estimados
De reliquias, que en verlas te enamores;
Verás huesos de apóstoles sagrados,
De mártires gloriosos y doctores,
De confesores santos, de doncellas,
Mas limpias que la luz de las estrellas.»

Esto cantó David lleno de gozo,
Dándosele á las almas que le oían,
Que con nuevo santísimo alborozo
Mil parabienes á Josef decían;
El, alegrando el triste calabozo,
El favor agradece que le hacían
Con grave risa y con divino agrado,
Imitado de aquel que vió en su amado.

En esto el tiempo de la prisión pasa,
Sintiendo y padeciendo tiernamente
La pena de la ausencia que le abraza,
Que por ser mas su amor, mayor la siente;
Su pena es mucha, su querer sin tasa,
El tiempo largo, Dios quien ama ausente,
Sus deseos de tierno enamorado,
La ausencia del bien sumo que ha gozado.

En continuas ardientes oraciones
El tiempo gasta suplicando al cielo
Que le venga á sacar de las prisiones
El Hijo que abrigó temblando al hielo;
Corre el tiempo veloz en sus balcones,
Y Apolo de uno en otro paralelo;
Tres veces viste abril de su hermosura
La nieve convertida en agua pura:

Mientras que con portentos soberanos
El que es del hombre la copiosa paga,
Enclavados sus pies, rotas sus manos,
La sangre vierte, con que al cielo paga,
Donde entre los dolores inhumanos
A la muerte venciendo, se la traga,
Y dejando su cuerpo en un madero,
Bajó el alma siguiendo al ángel fiero.

Dejó el alma en la cruz el cuerpo herido,
Mas Dios no se apartó del cuerpo y alma,
Que siempre al cuerpo y alma quedó unido,
Aunque el cuerpo sin vida en la cruz calma;
Que, como suele el que un arco ha rompido,
Cada parte dejar en cada palma,
Enlazada á la cuerda cada parte,
Sin que la cuerda de las dos se aparte;

Así la deidad pura omnipotente
Al cuerpo y alma fuertemente unida,
No las desamparó perpetuamente,
Que siempre estuvo al cuerpo y alma asida;
Con el cuerpo quedó en la cruz pendiente,
Aunque el alma dejó al cuerpo sin vida,
Y bajó con el alma al reino triste,
Que con su luz gloriosa alegre y viste.

Entró en el Limbo roto el mortal velo,
El alma soberana, que gloriosa,
Hizo la escura cárcel claro cielo,
O la prisión prolija venturosa;
Huyó de su presencia el desconsuelo,
Llegó á su puerto la esperanza ansiosa,
El deseo acabó, murió la pena
Viendo al nuevo Jonas en la ballena.

Entró, y habiendo á todos abrazado,
Vertiendo gloria, gozo y alegría,
Y despues de haber todos adorado
Al que la escura cárcel vuelve día,
Asese á su nutricio regalado
Con el respeto con que le servía,
Abrazale amoroso, y hecho yedra,
Se enlaza al olmo en que glorioso medra.

Llega el Ladron dichoso al rico banco,
Donde le paga Dios á tetra vista,
Llega el que señaló al Cordero blanco,
De quien fue Dios su digno coronista;
Llegaron sus abuelos al Dios franco
Que esparce gloria de su hermosa vista,
El inocente Abel, Adán y Eva
Llegaron al Jordán que los renueva.

Llegaron todos, y de amor heridos,
Gozan las luces de su hermosa gloria,
Y á la sangre vertida agradecidos,
Cantan alegremente la victoria;
El con la escuadra de sus escogidos
Celebra de su triunfo la memoria,
Donde muerto á la muerte deja muerta,
Quebrantando la dura infernal puerta.

Al cuerpo se reunió al tercero día,
Y lleno de divinos resplandores,
Salió dando á los cielos alegría,
Al sol luz nueva y á los campos flores.
Glorioso penetró la piedra fría,
Bellísimo salió vertiendo amores;
Salió sin quebrantar la sepultura,
Cual salió de su madre intacta y pura.

Salió la hermosa Fenix remozada,
El grano muerto con espigas de oro;
Salió el águila noble renovada,
El mercader halló el rico tesoro;
Dió flores de Jesé la vara amada,
La tierra el fruto que enjugó su lloro,
El Daniel salió de la leonera,
El vendido á la gloria verdadera.

Dejó el oscuro Limbo despojado,
Y encadenando al príncipe furioso,
Al lamentable infierno dió un bocado,
Que en su mesa tendrá Dios por sabroso;
Salió el nuevo Moisés de almas cercado,
Mas que el sol puro, mas que el cielo hermoso,
Pasando el mar al pueblo verdadero
Y anegando al caballo y caballero.

A algunas almas de las libertadas
Volvieron á reunirse los despojos,
Y ellos y ellas bienaventuradas
Excedieron del sol los rayos rojos;
Las puertas del infierno quebrantadas
Y rotos de la muerte los cerrojos,
Salieron á la luz del cielo hermosa,
Siguiendo á su cabeza victoriosa.

El virginal Josef fue el uno dellos
Que al lado de su bien nacido Hijo
El mas gallardo va de todos ellos,
Bañado de glorioso regocijo;
Presentanse á los claros ojos bellos
De la doncella que Ezequiel predijo;
Los despojos le ofrece el Hijo amado
Que quitó al capitan encadenado.

Lo que los tres amantes corazones
En la visita virginal sintieron,
Las glorias inefables, las razones
Que derramando amores se dijeron,
Diganlo los alados escuadrones,
Que al misterio santísimo asistieron;
Que no es bien que lo diga alma tan ruda,
En tantas glorias de contento muda.

Ellos, que á Dios cantaron la victoria,
Ellos, si pueden, digan la alegría
Que bebió de la fuente de la gloria
La Fenix hermosísima Maria;
Porque para escribir tan dulce historia
Son groseras la pluma y mano mia,
La vista flaca, el pecho temeroso,
Y encalman en el caso misterioso.

Libre gozó al que ya vió maniatado,
Vivo al que en la cruz santa lloró muerto,
Glorioso el pecho que miró rasgado,
Que aunque glorioso se le trae abierto;
Gozó despues de Dios su mas amado
Josef que goza del dichoso puerto,
Lleno de gloria, lleno de consuelo,
Hecha su alma un sol, su cuerpo un cielo.

Gozó las almas de los padres santos,
Las de su madre y de Joaquín divino,
La del sobrino que vivió entre cantos,
La del padre y la madre del sobrino;
La de Adán, que hechos gozos sus quebrantos,
Venturoso llamó su desatino;
Llegó enoigida aunque gloriosa Eva,
Del Adán celestial á la Eva nueva.

Llegaron todas, todas adoraron
Las bellas luces de favores llenas,
Y en el templo de amor todas colgaron
Del captiverio triste las cadenas;
Las almas con los ángeles cantaron
Del bien que goza mil enhorabuenas;
Dáselas ella de su mucha gloria,
Y todos juntos cantan la victoria.

En esto Cristo, lleno de alegría,
Esparciendo gloriosos resplandores,
Hecho hortelano muéstrase á Maria,
Con puro amor premiando sus amores;
Muéstrase á la divina compañía
Que le trae aromáticos olores,
Al que es de los apóstoles caudillo,
Y á los dos que iban tristes al castillo;

A los que ocultan las cerradas puertas,
Entre tristezas y temores bravos,
Al que hizo en sus heridas descubiertas
Lanza su mano y de sus dedos clavos;
Junto á las ondas de la mar inciertas
A los que la red tiran como esclavos,
A los del monte, á los del pueblo amado
Y á los del panal dulce y pez asado.

Corren ligeros los cuarenta días
Que Cristo vió y trató sus escogidos,
Abrasando en su amor las almas frías
De los medrosos, tristes y escondidos;
Josef, entre gloriosas gerarquias,
En gloria renovados los sentidos,
Goza la vista de su amada Esposa,
Y ella la lumbré de su luz gloriosa.

Llegó el día en que el Hijo omnipotente
Por ver que á su divino oficio cuadre,
En el altar quedándose presente,
Se ha de volver al seno de su padre;
Despidese amorosa y tiernamente,
Amoroso abrazado con su Madre,
Que no la lleva al merecido cielo
Porque lo sea con su vida el suelo.

Despidese Josef de su adorada,
Que si se va, la lleva al alma asida;
Ella de tiernas lágrimas bañada,
Mira partir las vidas de su vida;
Llora la escuadra de la gente amada
En la amorosa tierna despedida;
Cristo á todos abraza y los bendice
Y consuelos santísimos les dice.

Levantadas las manos y los ojos
Con virtud propia déjase ir al cielo,
Llevando del infierno los despojos
Al premio que ganaron en el suelo;
Salió una nube de colores rojos,
Y á los hombres cubrió el divino velo
Que hace el águila real que se renueva,
Y á la captividad captiva lleva.

Abriéronse las puertas celestiales,
Hasta que allá volvió siempre cerradas;
Admiranse los coros inmortales
Sus vestiduras viendo ensangrentadas;
Ponen los bellos labios de corales
Sobre los pies de rosas encarnadas,
Al hombre Dios humildes adorando
Y su triunfo glorioso festejando.

Salen las nueve hermosas gerarquias
Ordenadas en varios escuadrones;
Suenan trompas, clarines, chirimias,
Y enarbolan gloriosas sus pendones;
Celebran las dichosas alegrías
Del que al hombre libró de las pasiones,
Luz esparciendo de su mucha gloria
Le reciben cantando su victoria.

Adoran de Dios hombre la luz pura,
Y al dulce son de acordes instrumentos
Suenan las voces llenas de dulzura
Cantando sus gloriosos vencimientos;
El derramando rayos de hermosura,
Pasa multiplicando sus contentos
Por las calles del sol entapizadas
Y de luceros bellos empedradas.

Sigue la dichosa compañía,
Llevando siempre á su dichoso lado
Al virginal Esposo de Maria,
Su dulce padre y su mayor privado;
Josef, gozando el siempre eterno día,
Entra en el reino de su Dios amado,
Y en tantas glorias como goza, calma
Glorioso el cuerpo y mas gloriosa el alma.

Llegan al solio regio inaccesible,
Adonde Dios está siempre gozando
La gloria de su ser incomprensible,
Siempre á sí mismo por sí siempre amando;
Llegó Cristo á quien solo fue posible
Gozar el trono que le está esperando,
Y abrazado á su Padre sempiterno,
Alegres gozan de su amor eterno.

Ofrécele glorioso los despojos
Que sacó de las cárceles oscuras,
Convirtiendo en consuelo sus enojos
Y en dulces glorias sus cadenas duras;
Ofrécele al amado de sus ojos,
Pónese sobre todas sus criaturas,
Sobre los soberanos coros nueve,
Pagándole lo mucho que le debe.

Gózase el Padre eterno soberano
Con el que solamente ha merecido
Nombre de padre del divino humano,
Y abraza al que fielmente le ha servido;
Dale la diestra poderosa mano
El Paracleto amor á su escogido
Por Esposo de aquella que es su Esposa,
Despues de Dios la cosa mas hermosa.

Coronan su santísima cabeza
Del bello sol con rayos inmortales,
Premiando dignamente la pureza
Que admiró á las escuadras celestiales;
El Hijo, que en él muestra su grandeza,
Le toma por las manos virginales,
Y él, asentado al lado de su Padre,
Sienta al suyo al Esposo de su Madre.

Dejó un asiento de oro macizado,
De luceros y soles guarnecido,
En medio del y su Josef amado
Para la que le tuvo por marido;
Cristo al lado del Padre está sentado,
Y al de Cristo la Madre que ha escogido,
Josef al de Maria venturoso,
Por padre de su Hijo y della esposa.

Lo que gozó Josef y lo que goza
Entre los soberanos resplandores
De Dios, en cuya vista se remoja
Bebiendo sus dulcísimos amores,
Quien no ha salido de una humilde choza
Entre la rusticidad de otros pastores,
Mal lo podrá contar, que no es posible,
Que es á mi rudo ingenio incomprensible.

Vos, dios de Dios, Josef, divino esposo
De la que es de los cielos maravilla,
Patron de aqueste siervo venturoso
Que humildemente á vuestra luz se humilla;
Enviad, Señor, vuestro favor glorioso
Para que tome puerto mi barquilla,
Que en vuestras alabanzas engolfada
Temió verse de tantas anegada.

Recebid el deseo que os ofrezco
Entre la ruda mano y tosca pluma,
Que si ser escuchado no merezco,
Por vuestra historia es bien que lo presuma;

Humildemente, Santo, os agradezco
Que para hacer aquesta breve suma
De los favores que de Dios gozastes,
Aunque tan rudo no me desechastes.

El ánimo mirad de mi deseo,
No al don, pequeño como quien le ofrece,
Que haciendo en vos de su caudal empleo,
Valdrá lo que por mio desmerece;
Cante de vos un español Orfeo
Como vuestra grandeza lo merece,
Que atento escucharé su voz suave,
Dando fin dulce á vuestra historia grave.

FIN DE LA VIDA, EXCELENCIAS Y MUERTE DEL PATRIARCA SAN JOSÉ.

CREACION DEL MUNDO,

POR

EL DOCTOR ALONSO DE ACEVEDO,

CANÓNIGO DE LA SANTA IGLESIA DE PLASENCIA.

AL ILUSTRÍSIMO Y EXCELENTÍSIMO SEÑOR DON FRANCISCO DE CASTRO,

CONDE DE CASTRO, Y EMBAJADOR EN ROMA DE LA MAJESTAD CATÓLICA DON FILIPE TERCERO.

Muchos dias ha, excelentísimo señor, que comencé á poner en ejecucion un antiguo pensamiento mio de dibujar en octava rima las primeras obras que Dios hizo, repartidas por sus dias en la Historia Sagrada de la Creacion del Mundo. He llegado ya á darle la última mano, aunque con esta diferencia, que el original es perfecto, como dictado á Moisés por el mismo Criador, pero el dibujo está muy atrasado en perfeccion, pues no pudo tener mas de lo que alcanza la cortedad de mi ingenio. Y así, me fué necesario acudir á vucencia para que con el pincel de su amparo emiende las imperfecciones que en él hubiere, pues no puede por otro mejor camino restaurar lo perdido ni recibir de otro Mecénas mayor autoridad ni mas segura proteccion. Confieso que estuve muchas veces por dejar esta olvidada, entre otras obras mias, teniendo por imposible poder fabricar sobre fundamentos suficientes tan levantado edificio, por traer ocupadas las fuerzas necesarias del espíritu en las machinas de las pretensiones, careciendo del sosiego que la arquitectura poética pide. Pero la obligacion de mi promesa, excelentísimo señor, me ha forzado á manifestar esta universal obra, dedicándola á vucencia como digno sujeto de sus merecimientos. Dios prospere á vucencia igualando sus acrecentamientos con el colmo de sus virtudes. En Roma, 14 de febrero, 1615. — Ilustrísimo y excelentísimo señor. — Besa las manos á vuestra excelencia, su muy humilde servidor

EL DOCTOR ALONSO DE ACEVEDO.

AL LECTOR.

VIENDO que en varias lenguas, poetas de mucha estima han pintado los hermosos dias en que Dios crió el mundo, me pareció ser justo describir su origen en verso castellano; pues nuestra lengua ha sido siempre juzgada de hombres gravísimos por muy propia y acomodada para que en ella se expliquen los soberanos y teológicos conceptos. No me contenté con referir esta universal obra en verso suelto, como he visto lo han hecho algunos famosos poetas en otras lenguas, sino antes, por hacer mas gustosa la lecion della, me quise atar al trabajo de la octava rima. En la ortografía he guardado la propiedad de cada lengua, pareciéndome que la gravedad del sujeto lo pide. Cuanto haya conseguido mi intento, dejo al juicio del lector, á quien ruego no espere en este discurso digresiones de ficciones poéticas, que suelen entretener el gusto, porque el decoro de la materia me necesitó á que las mias vayan atadas al objeto de que se trata, porque no desdigan de su original. *Vale.*